

Effectuóse Ayer el Homenaje en Recuerdo de Jorge Washington y Juan de Miralles

Se Verificó el Descubrimiento de la Placa Conmemorativa del Distinguido Habanero, Gran Amigo de Washington. Hablaron el Ministro de Estado y el Dr. Portell Vilá

Desde la mañana de ayer puede leerse en la fachada del ministerio de Estado, por la calle de Aguiar, en una hermosa placa, la siguiente inscripción: "En estos terrenos estuvo la casa solariega del habanero Juan de Miralles Trailhon, iniciador de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, defensor de la independencia norteamericana (1778-1780) y gran amigo de Jorge Washington.

"Murió el 28 de abril de 1780 en Morristown, N. J., en la residencia de Washington, quien escribió sobre él: "...En este país se le quería universalmente y del mismo modo será lamentada su muerte..."

"Homenaje de la Sociedad Colombista Panamericana en la conmemoración del natalicio de Jorge Washington.

"22 de febrero de 1947". El descubrimiento de la placa, dió lugar a una solemne ceremonia, a la que concurrieron altas personalidades y representantes del Cuerpo Diplomático y Consular extranjero. Anotamos la presencia del ministro de Estado, señor Rafael P. González Muñoz; Miguel Angel Campa, presidente de la Sociedad Colombista Panamericana; Angel A. Solano, subsecretario de Estado; doctor Herminio Portell Vilá, profesor de Historia de América de la Universidad de La Habana; doctor Francisco Ichaso; ingeniero Julián Martínez Castells, director de la Sociedad Colombista Panamericana; Francisco Calderón; Guillermo de Zéndegui; José Luciano Franco; coronel Aristides Sosa de Quesada; embajadores, ministros y encargados de negocios extranjeros; S. S. Robert F. Woodward, encargado de negocios de los Estados Unidos de América, por disfrutar de licencia el embajador Norweb; doctor G. Radillo, presidente de la Cruz Roja, representado por el capitán Gisbert, y otras muchas personalidades.

También se encontraba presente una comisión de alumnas de la escuela "Jorge Washington" con su directora señora Violeta Languecheim y las maestras Angela Rodriguez, Adela Alvarez, Maria Josefa Tamargo y Consuelo Blanco.

Ejecutadós los himnos de Cuba y Estados Unidos de América por la Banda Municipal, el Ministro de Estado procedió a descubrir la lápida e hizo uso de la palabra para poner de relieve la iniciativa generosa de la Sociedad Colombista Panamericana, que fomentaba la creación de un espíritu de solidaridad panamericana y expresó la complacencia con que el ministerio de Estado se sumaba al acto, un eslabón más de la cadena de hechos que unen estrechamente a Cuba y los Estados Unidos de América.

El doctor Herminio Portell Vilá leyó a continuación un interesante estudio acerca de la personalidad de don Juan de Miralles a partir del 31 de diciembre de 1777, cuando junto con don Francisco Rendón navegaba en el bergantín español "Nuestra Señora del Carmen", como agentes confidentiales del Capitán General de Cuba, Marqués de la Torre, para concertar acuerdos con los dirigentes de la revolución norteamericana.

Era Miralles por entonces un hombre de más de sesenta años de edad, hijo de franceses acaudalados en España en tiempos de Felipe V, y que había nacido en Petrel, cerca de Alicante. Miralles llegó a La Habana durante la llamada Guerra de la Oreja de Jenkins, después de 1740, se acaudaló en ella, dedicado al comercio, y llegó a ser un negociante acaudalado. Casado con una cubana de familia distinguida, una de cuyas ramas vivía en la Florida, Miralles no tuvo reparo en dedicarse al contrabando desde La Habana y, a través de la Florida, con las Trece Colonias, de la mis-



ma manera que lo hacía el comerciante John Hancock, de Boston, primer firmante de la Declaración de la Independencia, de Filadelfia.

La mezcla de comercio legítimo y comercio ilícito practicada por Miralles le hacía vivir un poco al margen de la ley colonial, que era exclusivista y monopolista; pero le llevaba también a relacionarse a espaldas de la metrópoli con las otras colonias y hasta con las potencias rivales de España. Cuando la toma de La Habana por los ingleses éstos le hicieron prisionero en el mar y por la fuerza le trajeron a Cuba, según la versión que él dió de lo ocurrido. Sin embargo, no faltaron quienes insinuaron que Miralles había servido de práctico a los ingleses de buen grado o por lo menos como consecuencia de haber sido capturado en alguno de los puertos de las Trece Colonias, con los que traficaba clandestinamente. La acusación no prosperó porque las relaciones de familia y de amistad de Miralles, que eran muy influyentes, le respaldaron; pero el rumor persistió y durante varios años Miralles fué mirado con sospecha y en cierta ocasión hubo de cambiar bastonazos con otro vecino de La Habana por ese motivo.

El bergantín que llevaba a Miralles y Rendón había sido despachado para Cádiz; pero pocos días después de haber salido de La Habana Miralles hizo valer las instrucciones que tenía ante el capitán del barco para que la embarcación cambiase de rumbo y entrase en el puerto de Charleston, Carolina del Sur, con el pretexto de que había encontrado mal tiempo. Los dos viajeros desembarcaron en Charleston y el buque continuó la travesía sin ellos.

El Congreso Continental tenía noticias de la misión de Miralles y le esperaba. Y el comerciante habanero convertido en diplomático se había hecho acreedor a la gratitud de los Estados Unidos por las facilidades otorgadas al comercio, por el permiso para vender en Cuba las presas de guerra hechas por los corsarios norteamericanos, por los préstamos de dinero que con la firma de Miralles habían hecho las Cajas de Cuba y por otras importantes ayudas recibidas. La escuadrilla del comodoro Alexander Gillon, perseguida por los ingleses, se había

refugiado en La Habana, muy maltratada y sin recursos, y por gestiones de Miralles, los barcos norteamericanos subieron a las gradas del Arsenal de La Habana, donde fueron reparados, reartillados y abastecidos, al crédito, para que pudieran continuar sus correrías.

En Filadelfia, a través de los empeños que dejamos anotados y el respaldo de Robert Morris, Miralles se convirtió en uno de los más influyentes personajes del grupo de extranjeros de diversas nacionalidades que participaban de la Revolución Norteamericana. Rumboso, políglota, elegante y hábil, Miralles se granjeó la simpatía del Congreso Continental y preparó diestramente su plan para hacer amistad con Washington tan pronto como el jefe del ejército visitara a Filadelfia. La primera entrevista entre ambos tuvo lugar el 22 de diciembre de 1776 y hubo otras más, en los días subsiguientes, en las que simpatizaron grandemente el caudillo norteamericano y el habanero. Este ofreció un banquete en homenaje a Washington, que tuvo lugar el 31 de diciembre de 1778 y que fué muy lucido...

El 19 de abril de 1780 llegó Miralles a Morristown, declarado huésped de Washington; pero estaba enfermo. Washington se alarmó y le envió a su médico personal y confidente, el doctor John Cochran, para que le asistiese. La propia Mrs. Washington prestó sus cuidados a Miralles; pero se le desarrolló una violenta pulmonía y el 28 de abril falleció aquel emprendedor, habanero de generosos ideales. Las tropas norteamericanas le rindieron honores militares en el sepelio, presidido éste por el propio Washington y al que concurren el gobernador William Livingstone, de New Jersey, los generales Von Steuben, De Kalb y otros, con varios miembros del Congreso Continental.

M, feb 23/47